

MARÍA EN LA REGLA DE LA ORDEN

1

DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN (Monjas Concepcionistas Franciscanas)

SUMARIO.- María ha sido siempre propuesta como ejemplo a seguir y modelo de discípula de Cristo Jesús. La que escuchó con atención el ofrecimiento que el ángel le hacía de parte de Dios; la que guardaba en su corazón lo que Dios le iba revelando en las palabras de los pastores, de Simeón y de Ana y durante el ministerio público de Jesús, ofrece ahora su vida a todos los discípulos de Jesús como un camino para llegar a él. Santa Beatriz, enamorada de la Virgen María en el misterio de su Concepción Inmaculada legó a sus hijas un conjunto de “alabanzas” a María, que son el objeto de la presente reflexión.

INTRODUCCIÓN

El 17 de septiembre de 1511, por la bula “Ad Statum Prosperum”, aprueba el Papa Julio II (1503-1513) la Regla de las Monjas de la Concepción de la Bienaventurada Virgen María. Según el testimonio de Mariana de Luna, la iniciativa de fundar una Orden en honor de la Concepción Inmaculada, fue de la misma Virgen Inmaculada “que, mientras la venerable virgen Beatriz de Silva estaba recluida en el baúl, se le apareció nuestra Señora la Virgen María con el hábito que hoy usan las religiosas de este convento, la consoló y la mandó fundar esta Orden con el título de la Purísima Concepción, dándole la forma y el hábito que nuestra Señora llevaba”¹, cuyo objetivo principal fuera honrar y alabar “en este mundo a la Madre del Señor” en el misterio de su Concepción Inmaculada, “como lo harán después de la muerte en el cielo”.

Fue arduo trabajo para Beatriz fundar una Orden cuyo fin principal era honrar a María en el misterio de su Inmaculada Concepción en los tiempos en los que, como afirmaba el Papa Pablo V en la homilía de la canonización, “todavía hervían las discusiones teológicas” acerca del misterio de su Concepción Inmaculada.²

Santa Beatriz de Silva, nació el año 1426, o, según otros, 1424. Fue instruida en las verdades de la fe según el espíritu de la época por sus mismos padres que eran fervientes cristianos³. “La familia de Beatriz cultivaba una devoción especial hacia la Orden franciscana y [...] ella misma, ya desde niña, tuvo una educación puramente franciscana”.⁴, la cual incluía, sin lugar a dudas, el amor y atractivo hacia el misterio de María Inmaculada.

No poseemos documento alguno que nos digan los conocimientos que tuviera santa Beatriz sobre la Virgen María. Tres eran, al parecer, sin duda heredadas de sus padres, las

¹ Santa Beatriz de Silva. *Positio sobre la vida y virtudes*. (Traducción española) Toledo 2001, 181; cf. Testimonio de Catalina de san Antonio, 302 (que Dios cumpliera “sus deseos de fundamentar la devoción a la Inmaculada Concepción con casa propia y solar conocido”).

² Homilía en la canonización ... *Positio*. Apéndice 357.

³ Testimonio de Mariana de Luna, *Positio* 180.

⁴ FERNANDO DA SOLEDADE, O.F.M. *Historia serafica... Positio* 317, n° 13.

“devociones” principales de santa Beatriz: la Eucaristía, la Pasión del Señor Jesús y la

2

Virgen, Madre de Dios, en el misterio de la Inmaculada Concepción. La Regla aprobada por Julio II como la vida regular de la concepcionista no son inteligibles sin el carisma mariano de santa Beatriz. Se puede afirmar que la Regla nos transmite la fe y devoción de la Fundadora sobre el misterio de María, recogida y difundida a su vez por las primeras compañeras.⁵ Por la relación de su familia con los franciscanos, sería concedora de las apasionadas discusiones que sobre el misterio de la Inmaculada Concepción de María se libraban tanto en las aulas universitarias europeas como en la piedad popular. En el siglo XV ya existían numerosos capillas y alteres dedicados a la Concepción Inmaculada como a Santa Ana,⁶ por lo que la petición de la Virgen María a Beatriz de que fundara una Orden con el propósito de que fuera “espejo” de su Inmaculada Concepción, no le pudo parecer novedoso. Este es el ambiente en la Iglesia y en concreto en España cuando santa Beatriz, junto con la reina Isabel la Católica, decide acudir al papa Inocencio VIII pidiéndole la aprobación de su deseo: fundar una Orden dedicada exclusivamente a honrar el misterio de la Concepción Inmaculada de María. Pero fue el Papa Julio II quien, en 1511, por la bula “Ad Statum Prosperum”, confirmó la Regla que Santa Beatriz presentó a la Iglesia para su aprobación. Esta Regla contiene un ramillete de adjetivos aplicados a María; a través de ellos descubrimos el pensamiento de Santa Beatriz sobre María en el misterio de la Inmaculada Concepción.

I. - EL NOMBRE DE LA VIRGEN ERA MARÍA (Lc 1,27)

Antes de reflexionar sobre la realidad histórica de la Santísima Virgen María y su función en el plan de salvación de Dios, debemos indagar sobre su vida: ¿quién es? ¿dónde vivió? ¿cuál fue su misión?... Con esto se intenta recuperar la imagen histórica de aquella a la que llamamos Madre de Dios. El mensaje de salvación que Dios Padre ofrece a la humanidad en su Hijo Jesús está estrechamente unido a una mujer, de la cual nació Jesús, el Mesías (cf. Gál 4,4). Historia y mensaje de salvación estrechamente unidos por voluntad de Dios.

María de Nazaret: esta afirmación expresa la realidad histórica y existencial de María, su cercanía a nosotros y una de nosotros, dando así “concreción y realismo” a la encarnación contra toda tendencia neodocetista⁷.

En el origen humano de Jesús de Nazaret se encuentra María, su madre virginal y creyente. La vida terrena de María no sólo nos interesa como dato histórico. Está de tal manera insertada en el anuncio cristiano de la salvación, que el plan de Dios no hubiera sido posible sin María. La resurrección de Cristo Jesús, revelación plena de su divinidad, es la clave hermenéutica para interpretar la vida de la Virgen María. Si el Verbo encarnado no es posible pensarlo sin María; María, a su vez, tiene su razón de ser en el Verbo que se hace su Hijo. María no tiene una historia autónoma: Ella se sabe y se reconoce como la “esclava del Señor”, aquella que está al servicio del Mesías-Hijo de Dios.

⁵ Cf. Gaspar CALVO MORALEJO, “Teología e historia de un carisma. Fundación de las concepcionistas franciscanas”, en *Verdad y Vida*, 190-191 (1990) 165-204.

⁶ “La devoción a Santa Ana en el siglo XV es devoción a la Inmaculada” (I. OMAECHEVARRÍA, *Orígenes*, 6)

⁷ Cf. S. DE FIORES, “María de Nazaret”, en NDM (ediciones paulinas) 1244-1251.

1. Significado del nombre “María”

San Lucas nos dice que el nombre de la virgen era María (Lc 1,27). Desde antiguo se ha buscado su significado etimológico, de tal manera que se han dado más de 70 etimologías.⁸

Las interpretaciones más comunes en Occidente, a partir de san Jerónimo, hasta el siglo XVI, dan al nombre de María el significado de “señora”, “mar amargo”, “la que difunde luz, iluminadora”, y, sobre todo, “estrella del mar” (San Bernardo).

El P. Bover lo hace derivar del arameo, con el significado de "Señora" o "Princesa"; Banderhewer del hebreo, significando "Hermosa". Según el P. Francisco Zorell, s.j., María es nombre que procede del egipcio, que fue donde primero, probablemente, se utilizó este nombre, dándole el significado de “la amada de Dios”.

La diversidad de opiniones nos lleva a la siguiente conclusión: Dios “ha reunido toda la nobleza espiritual esparcida por el universo para depositarla toda entera en María, su obra maestra, siendo por este motivo, como Virgen y como Madre, tipo de la Iglesia.”⁹

2. El ambiente en el que creció María

Los Evangelios canónicos nos presentan a la Virgen María como una mujer de condición modesta, perteneciente al pueblo llano. Prescindiendo de la anunciación (Lc 1,26-38), nada hay de maravilloso en su vida. “María es descrita como mujer del pueblo, de humilde origen, partícipe de los acontecimientos, alegres o tristes, de la vida cotidiana de su tiempo: se casa, es madre ..., está presente en una fiesta de bodas ..., está encuadrada en el clan familiar y en la comunidad apostólica. Es una mujer real ..., persona concreta”.¹⁰ Su peregrinación sobre la tierra está atestiguada por los Evangelios: Nazaret, Ain-Karem, Belén, Egipto, Jerusalén...

El evangelista Marcos¹¹ presenta a María formando parte de una familia carente de gloria e incapaz de comprender la sabiduría de Jesús (Mc. 6,3); familia de condición humilde y sin privilegios.

En Mateo, María, por su concepción por obra del Espíritu Santo y sin intervención de José, evidencia el carácter extraordinario del Niño, al que ella ha dado a luz, y su dignidad de mesías davídico. Junto con José forma la familia de Jesús y comparte su suerte.

En Lucas, “María está asociada a la obra salvífica de Cristo en calidad de madre

⁸ R. Kugelman, “*El santo nombre de María*”, en Carol, *Mariología*, 386-390

⁹ H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, 274s.

¹⁰ S. DE FIORES, *María de Nazaret*, en NDM 1248s.

¹¹ Cf. para lo que sigue S. DE FIORES, NDM 1247. cfr. MARTÍNEZ FRESNEDA, F, “*María propiedad de*

virginal, de creyente, responsable (Lc. 1,26-38) y partícipe de sus bendiciones (Lc 1,42) y de su pasión redentora (Lc 2,35)". Ella es la que lleva la salvación a la casa de Isabel (Lc 1,39-45).

Para Juan, Jesús, en razón de ser el Unigénito, es el manifestador de la gloria del Padre mediante los "signos" que realiza, siendo la cruz el signo supremo de esa manifestación. Desde esta perspectiva, Juan observa a María con mirada positiva. Ella es la madre de Jesús, el Maestro; por medio de ella, en Caná, Jesús ha manifestado su gloria (Jn 2,11); junto a la cruz recibe a los discípulos de su Hijo (Jn 19,25-27).

II. - MARÍA, LA ELEGIDA: "DICHOSA TÚ"

1. En el nombre del Señor

"En el nombre del Señor comienza la Regla..." (R), bajo la autoridad de Dios y por ser Él quien es: fiados en Dios y en su autoridad comienza la Regla, cuya finalidad es vivir la vida de María en el misterio de su concepción inmaculada.

2. - "a honra de la Inmaculada Concepción de su Madre" (R 1)

La monja concepcionista al aceptar la Regla desea desposarse con Jesucristo para honrar a su Madre en el misterio de su Concepción Inmaculada. El aforismo "A Jesús por María" se ha invertido en "a María por Jesús".

Si se desea conocer al Hijo hay que preguntarle a la Madre; si a la Madre, preguntar al Hijo. Se da como una correlación entre el conocimiento que tiene Jesús de su madre y el de María acerca de Jesús, que está en paralelo con aquella afirmación de Jesús: "Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y al Padre no lo conoce más que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" (Mt 11,27; Lc 10,22). La excelencia de María se fundamenta en esta correlación de conocimiento entre Hijo y Madre, que a su vez se fundamenta en su maternidad divina, porque María es "el rostro que más se asemeja a Cristo"¹². Pero en este mutuo conocimiento hay que salvaguardar la distancia que media entre el conocimiento de Jesús por razón de su divinidad y el conocimiento que tiene María de su Hijo en cuanto que ella es criatura. El conocimiento que María tiene de su Hijo, aunque es extraordinario y excelente, no es infinito.

3.- "... desean... desposarse con Jesucristo" (R 1)

María, al anunciarle el ángel cuál era la voluntad divina sobre ella, se ofreció a Dios como esclava siempre dispuesta a aceptar su voluntad. En "la plenitud de los tiempos" se le ofrece como gracia personal singular gozar de una relación especialísima con las Tres Divinas Personas en la Santa Trinidad; vivir aquel desposorio real, místico y espiritual que Dios había ya contraído con ella en el momento de su elección "antes de la creación del mundo" como Madre del Verbo encarnado, y Dios esperaba que ella, en cuanto criatura, aceptase su voluntad. Su "Sí" es, por tanto, la aceptación y manifestación por parte de María

¹² A. AMATO, *María y la Trinidad*, 13.

de este desposorio. Por este desposorio, María es asumida como Hija predilecta del Padre,

5

Madre del Hijo y Sagrario del Espíritu Santo.¹³ El porqué de este ofrecimiento de desposorio de María con el Dios Trino es el Redentor, Cristo Jesús. Este desposorio es eternamente sellado cuando el Espíritu Santo desciende sobre ella y los apóstoles en el día de Pentecostés.

4.- “Es una oblación personal a nuestro Redentor y a su gloriosa Madre” (R 2)

En toda oblación podemos considerar dos aspectos: la materia que se ofrece y el compromiso personal. En la oblación personal que la monja concepcionista hace a Cristo Redentor y a su Madre, se ha de significar este doble aspecto, tal como se realiza en Cristo y en María.

En la carta a los Hebreos (10,7) se afirma que Cristo al entrar en el mundo se ofreció al Padre para hacer su voluntad, como un siervo que está a disposición de su Señor. El sacrificio pascual de Jesús es la visibilización de esta primera entrega de Jesús al Padre. Jesús, no sólo entrega su voluntad al Padre, sino el don de su persona como sacrificio.

Cuando María sube al Templo de Jerusalén a presentar a su Hijo, el Hijo de Dios hecho hombre se ofrece como oblación a Dios su Padre, en un contexto de silencio interior personal, entregando su vida libremente y por amor. María, a su vez, “aceptando de todo corazón la voluntad divina de salvación, sin que ningún pecado se lo impidiera, se entregó a sí misma por entero a la persona y a la obra de su Hijo, para servir, en su dependencia y con él, por la gracia de Dios, al Misterio de la Redención”.¹⁴

En el templo María presenta a su Hijo. Se trata de la coparticipación de María en la misión de su Hijo en su entrega al Padre “en sentido sacrificial-litúrgico”.¹⁵ También en la hora suprema de la Cruz, María está de pie, en actitud de aceptación de la acción sacrificial de su Hijo.

En ambos momentos hay ofrenda y oblación. No solamente ofrece a Dios “un par de tórtolas o dos pichones” (Lc 2,14) -el aspecto externo-, sino que en la ofrenda se ofrece también María como oblación junto con su Hijo, uniendo a la ofrenda la oblación en soledad y silencio, haciendo suya la voluntad de su Hijo al entrar en este mundo: “Aquí estoy para hacer tu voluntad” (Hbr 10,7) , actualizando el “Fiat” de la encarnación y haciendo en la fe oblación generosa de todo su ser.¹⁶ Se da una estrecha y singular relación entre la presentación de Jesús en el templo y la inmólación del Hijo en la Cruz. María es el modelo de acogida y ofrenda: acoge al Hijo que el Padre le ofrece, para, a su vez, ofrecerlo ella al Padre por nosotros.¹⁷ Así lo expresa el concilio Vaticano II: “La Santísima Virgen avanzó en la

¹³ CONCILIO VATICANO II. Const.dogm. *Lumen gentium* 53.

¹⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica* 494

¹⁵ E. LODI, “Oración mariana”, en NDM 1489/3.

¹⁶ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica* 2622.

¹⁷ Cfr. G. MEAULO, “Presentación del Señor” en NDM 1656.

peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la

6

cual, no sin designio divino, se mantuvo firme (cf. Jn 19,25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado y, finalmente, fue dada por el mismo Cristo Jesús agonizante en la cruz como madre al discípulo con estas palabras: *Mujer, he ahí a tu hijo* (cf. Jn 19,26-27)”¹⁸

A través de esta doble presencia en el templo y al pie de la cruz, se descubre el aspecto sacerdotal de María. Ella no queda excluida “de la riqueza analógica del sacerdocio... porque ella posee a título individual, como madre de Cristo Dios, el sacerdocio universal que los otros fieles poseen de un modo colectivo. En este sentido, rico y limitado, ella es el tipo de la Iglesia en su sacerdocio”.¹⁹

III. -LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA EN EL PLAN TRINITARIO DE LA SALVACIÓN

El término “Inmaculada Concepción” se emplea en la Regla del papa Julio II en relación con Cristo Jesús en cuanto que María es su Madre: “a honra de la Inmaculada Concepción de su Madre” (R 1), “en honor y en servicio... de la Inmaculada Concepción de su Madre” (R 5: fórmula de la profesión), “Pura y Limpia Concepción de la Madre de Dios” (R 10). Y sin una referencia explícita al Hijo: “Purísima Concepción de la Virgen gloriosa” (R 9);, o simplemente “Concepción de nuestra Señora” (R 34).

1. - Inmaculada concepción

En la oscuridad de su encierro, según la tradición histórica, santa Beatriz fue consolada y fortalecida por la Virgen María que se le apareció vistiendo de blanco y azul, colores propios de las monjas de la Concepción.²⁰ Esto determinó que la santa Madre fundara una Orden en honor de la Inmaculada Concepción, cuyas monjas vestirían los mismos colores.

Desde sus orígenes la Orden de la Concepción fue vinculada a la Orden Franciscana (R 9, 10 y 34). En san Francisco tiene su origen embrionario la reflexión franciscana sobre la

¹⁸ CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogm. Lumen gentium* 58.

¹⁹ (R. LAURENTIN, *Maria - ecclesia - sacerdos*, 668; citado por F. FRANZI, “*Sacerdotes*”, NDM 1795).

²⁰ SANTA BEATRIZ DE SILVA. *Positio sobre la vida y virtudes* (traducción española) Toledo 2001.

Inmaculada Concepción.²¹ Su lenguaje mariano está formado especialmente por su

7

experiencia mística del misterio cristológico y siempre en consonancia con la doctrina de la Iglesia. El contexto en el que se desenvuelve Francisco es el de la encarnación y el trinitario. Han llegado a nosotros dos oraciones que especialmente san Francisco dedicó a María, las cuales nos descubren su pensamiento sobre la Madre de nuestro “Señor y Maestro”.

1ª. “Santa Virgen María, no ha nacido en el mundo entre las mujeres ninguna semejante a ti, hija y esclava del altísimo sumo Rey Padre celestial, madre de nuestro santísimo Señor Jesucristo, esposa del Espíritu Santo: ruega por nosotros... ante tu santísimo amado Hijo, Señor y Maestro”²²

2ª. “Salve Señora, santa Reina, santa Madre de Dios, María, que eres virgen hecha iglesia, y elegida por el santísimo Padre del cielo, que consagró con su santísimo amado Hijo y el Espíritu Santo Paráclito, en la que estuvo y está toda la plenitud de la gracia y todo bien”²³.

²¹ Cf. L. LEHMANN, “*La devozione a Maria in Francesco y Chiara*”, en AA.VV, *La “Scuola Francescana” e l’Immacolata Concezione*”, Atti del Congresso Mariologico Franceseano 2003. Pontificia Academia Mariana Internationalis. Citá del Vaticano 2005, 52s. Citado como Atti).

²² (Oficio de la Pasión, antífona).

²³ SalVM 1-3.

Francisco nunca nombra a María en sentido absoluto, sino que la contempla en

8

estrecha relación y unión con la Santísima Trinidad o con su “amado Hijo”, con la Iglesia y con el género humano ²⁴

En el Catecismo de la Iglesia Católica leemos: “Para ser la Madre del Salvador, María fue dotada por Dios con dones a la medida de una misión tan importante”, de lo cual, “a lo largo de los siglos, la Iglesia ha tomado conciencia de que María *llena de gracia* por Dios había sido redimida desde su concepción”, “Esta resplandeciente santidad del todo singular..., le viene toda entera de Cristo; ella es redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo”.²⁵

Después de casi seis siglos de reflexión teológica, no exenta de acritud, el Papa Beato Pío IX proclama dogma de fe la doctrina que afirma que la Virgen María fue concebida sin pecado original.

La Concepción Inmaculada es manifestación de la gloria del Señor. Cristo es el único mediador y redentor de María. Solo Cristo pudo librar a su Madre de la mancha del pecado original. Y la libró, no borrándolo de ella, sino previniendo su contagio. La persona de María, su cuerpo y su alma, fue el sujeto de su santificación original. María es la mujer bienaventurada, no una de entre ellas, sino la perfecta bienaventurada.

El origen de esta gracia está en el corazón del Padre que, “desde antes de la creación del mundo” ya determinó la existencia de María unida a la de aquel que tiene la primacía de todo lo creado, Cristo Redentor y Mediador.

Cristo es el centro de todo y tiene el primado de la creación (cf. Col 1, 15-18). Contemplando a Cristo es como se descubre la excelencia y belleza de la Inmaculada. En María aparece con más claridad el misterio de nuestra elección divina. Es ella la “Hija predilecta del Padre”, el signo que manifiesta el amor gratuito de Dios. Es, por tanto, la confirmación de que “antes de la creación del mundo” (Ef 1, 4), dentro del plan divino de la salvación, la criatura es amada por Dios con amor misericordioso.

En María y con María usó Dios de misericordia (cf. Lc 1, 47-49). Su elección fue gratuita como para el resto de la humanidad. Dios no está obligado ni el hombre puede exigir que Dios lo elija. María fue elegida sin que por parte de ella precediese una libre aceptación de su concepción inmaculada. Cuando María conoció su singularidad en relación con el resto de la humanidad, solo pudo responder a Dios con una profunda y humilde acción de gracias. Su elección es un signo luminoso de la gratuidad del amor de Dios que precede a cualquier decisión de María²⁶

2. - La santidad de María

El número 12 de la Regla, encomienda a los Visitadores “conseguir que esta vida consagrada, tanto dentro como fuera, se ordene a la gloria de Dios y de su Santísima Madre”; en el número 18, hablando de la pobreza que deben practicar las monjas, les recuerda que

²⁴Cf. L. LEHMANN, *La devozione a Maria in Francesco y Chiara*, Atti 19

²⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica* n° 490-492

²⁶ Cf. S. DE FIORES, *Inmaculada*, en NDM, 929.

también “nuestro Redentor y su Santísima Madre” la escogieron para sí²⁷.

9

Dos son las notas características de la santidad: la gloria de Dios y la pobreza; gloria de Dios que sube al cielo a través de su Santísima Madre.

Su nombre es Santo”: María reconoce que sólo Dios ha sido la causa única de la alabanza que, desde ahora, le dirigirán todas las generaciones: “porque el poderoso ha hecho obras grandes en mí” (Lc 1,48s.).

El término “santo” significa *separado, segregado*, algo que pertenece al mundo de lo divino, a la esfera de lo sobrenatural. La santidad es exclusiva de Dios, el cual libremente la revela y la comunica a los hombres. Por la santidad, Dios manifiesta su divina soberanía y transcendencia más allá de todo lo creado; es el “totalmente Otro” y, como tal, no actúa al modo humano: “no daré curso al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque soy Dios, no hombre; en medio de ti soy el Santo” (Os 11,9).

El testimonio más impresionante de la santidad divina se contiene en Is 6,1-3. El triple “santo” (con el significado de superlativo excepcional según el lenguaje hebreo) quiere resaltar que Yahveh es el “Santo” sin comparación posible.

Dios, el Santo, santifica y regala la santidad. La santidad, comunicada por Dios a las cosas y a las personas, hace que éstas sean llamados también santas; santidad que no se recibe automáticamente por contacto con la santidad divina, sino por consagración y dedicación al mismo Dios. La consagración es el signo visible de esta participación. Israel es llamado “pueblo santo”: está *consagrado* a Yahveh; Él lo ha elegido como su propiedad personal” (cf. Deut 7,6; cf. 14,2). Si Dios es el Santo, los que están a su servicio deben serlo también, con una perfección tal que excluye todo pecado.

Según el NT, Cristo Jesús es el Santo de Dios (Jn 6,69); su santidad es consecuencia de su filiación divina y por la presencia del Espíritu de Dios en él: *concebido por la acción del Espíritu Santo, será santo* y llamado Hijo de Dios (Lc 1,35; Mt 1,18). En el bautismo, Jesús, *el Hijo muy amado*, recibe la unción del Espíritu Santo (Hch 10,38; Lc 3,22)”. Cristo es el fundamento y el modelo de toda santidad humana.

Dios elige y hace santos. La santidad de Dios es comunicada a María por el Espíritu Santo. La presencia del Espíritu en María en la encarnación del Verbo, la consagra totalmente para poder realizar por ella el plan trinitario de la salvación. A partir de este momento, María ya no pertenece a otro, es exclusivamente de Dios. Jesús el signo externo de la consagración de María. La experiencia del Dios único que en Jesús se revela como Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a través de la luz pascual, la santidad adquiere un carácter trinitario: es Dios Trinidad quien se comunica al hombre²⁸

3. - “La llena de gracia”

Con el nombre “llena de gracia” saludó el ángel a María de parte de Dios. Su plenitud de gracia era exigencia y consecuencia de la maternidad divina y del don de su concepción inmaculada. “Esta resplandeciente santidad del todo singular de la que ella [María] fue

²⁷ SAN FRANCISCO, 2CtaF 5; *Última voluntad para Clara y su hermanas 1*.

²⁸ (cf. G. ODASSO, *Santidad*, en *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Ed. Paulinas, 1783s.).

enriquecida desde el primer instante de su concepción, le viene toda entera de Cristo: ella es

10

redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo. El Padre la ha bendecido [...] con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo (Ef 1,3) más que a ninguna otra persona creada; “la ha elegido en él, antes de la creación del mundo, para ser santa e inmaculada en su presencia, en el amor” (Ef 1,4)²⁹

Los Padres de la Iglesia, al hablar de María, han insistido sobre todo en su santidad, relacionándola con la maternidad divina. Es la santidad de Dios la que exige la santidad en María. “Los Padres de la tradición oriental llaman a la Madre de Dios “la Toda Santa” (*Panaghia*), la celebran como inmune de toda mancha de pecado y como plasmada y hecha una nueva criatura por el Espíritu Santo. Por la gracia de Dios, María ha permanecido pura de todo pecado personal a lo largo de toda su vida”³⁰

La plenitud de la gracia en María está en relación con la de Cristo: Cristo la posee en plenitud total, en ella es relativa. María la posee en la plenitud adecuada y necesaria para su misión de Madre del Salvador y Madre de la Iglesia: Dios la adornó “con los dones dignos de un oficio tan grande... Enriquecida desde el primer instante de su concepción con el resplandor de una santidad enteramente singular, la Virgen Nazarena, por orden de Dios, es saludada por el ángel de la Anunciación como *llena de gracia* (cf. Lc 1,28)”³¹

4. - La santidad de María

San Lucas dice que María “conservaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón” (Lc 2,19. 51). Se refiere a los hechos de la infancia de Jesús, dato que se puede aplicar también a todo aquello que María oirá y conocerá en el periodo de la vida pública. Por otra parte, no siempre comprendía María lo que Jesús decía o hacía (Lc 2,50), admirándose ella y José de lo que los demás decían de Jesús (Lc 2,33). Podemos aplicar a María lo que el evangelista dice acerca del crecimiento de Jesús (cf. Lc 2,52): ella crecía en conocimiento de su Hijo y de la misión que a ella le había sido encomendada por Dios.

Como *peregrina de la fe* la Santísima Virgen fue creciendo en comprensión del Hijo, sobre su misión y el final de su vida. Ella se mantuvo fiel a su Hijo hasta la cruz, “junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo firme (cf. Jn 19,25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio”.³² María es “la llena de gracia”; poseía la gracia en plenitud relativa, gracia que crecía y aumentaba en ella por su perfecta correspondencia a la misma.

Tres momentos en especial podemos señalar de la acción de la gracia en María: *en su concepción* se le concedió la gracia de ser Inmaculada y vivir ya en unión con Dios; *cuando*

²⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 492.

³⁰ *Idem* 493

³¹ CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogm. Lumen Gentium* 56.

³² CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogm. Lumen Gentium* 58.

la *encarnación del Hijo de Dios en su vientre*, recibió en mayor plenitud la gracia para ser

11

de hecho la Madre del Salvador; el tercer momento, *en Pentecostés*: cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, también ella recibió la gracia que la confirmaba como Madre de la Iglesia, que había recibido de su Hijo en la cruz (cf. Jn 19, 25-27) en testamento, concluyendo este crecimiento en el momento de su Asunción, siendo definitivamente reconocida como Madre del Dios-hombre y Reina del cielo.

El modo cómo María, siendo inmaculada y llena de gracia, crecía en gracia nos es desconocido, ya que no se trata de un crecimiento cuantitativo, sino más bien cualitativo, en cuanto que, a través de la meditación de las obras y palabras de su Hijo, aumentaba su comprensión del misterio divino, se afianzaba más y más su unión con Él, acrecentaba su amor y la aceptación cada vez más profunda del sí de la encarnación. Este crecimiento pertenece a aquellas reflexiones teológicas que podemos llamar “inefables”: la cercanía a la fuente -que es Cristo- era el motivo de más participación en las aguas de la misma. No en vano la Iglesia la aclama como “discípula perfecta de Cristo” (Letanías). “María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con Él y bajo Él, con la gracia de Dios omnipotente. Con razón, pues, piensan los Santos Padres que María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres”.³³ María “es proclamada aún más dichosa, porque, como discípula de la Palabra encarnada, buscó solícita tu voluntad y supo cumplirla fielmente”.³⁴

5, - La virginidad perpetua de María

En la fórmula de la profesión al nombre de María le precede el calificativo de Bienaventurada Virgen (R 5); en R 9 es nombrada como “Virgen gloriosa” (“la Purísima Concepción de la Virgen gloriosa”).

5.1. “Nació de Santa María Virgen” (*virginidad antes del parto*)

El Hijo eterno del Padre llega por María a ser miembro de la historia humana. Aunque está como cualquier otro completamente inserto en esta historia, se alza a la vez sobre ella, y esto no sólo por su divinidad, sino también por el modo de su nacimiento.³⁵ El sentido de esta verdad de fe es que María no fue madre según el modo ordinario de la naturaleza, sino en virtud del Espíritu Santo, cuya fuerza creadora percutió sobre María. La omnipotencia divina realizó en ella lo que ordinariamente ejecuta la actividad del varón,

³³ CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogm. Lumen Gentium* 56.

³⁴ *Misas de la Virgen María I: “Santa María, discípula del Señor”*, prefacio, p. 71.

³⁵ Cf. M. SCHMAUS, *Teología dogmática* VIII, 126.

desencadenando, por su poder, aquellos procesos que llevan a la constitución del organismo

12

del niño.³⁶ En los símbolos de fe, en términos generales, se afirma la concepción virginal de Jesús por obra del Espíritu Santo y su nacimiento de María Virgen.

*El hecho*³⁷. Tanto Mateo como Lucas llaman a Jesús “hijo de José”. Su lenguaje no debe llevar a confusión porque en los evangelios de la infancia ya han dejado claro el origen virginal de Jesús (Mt 1,18.24-25; 13,55; Lc 1,30-35; 2,6-7). Conviene advertir que en Mc 6, 3 y par. los evangelistas no transmiten su opinión sobre el origen de Jesús, sino la opinión de los oyentes que, como es lógico suponer, ellos no conocían la maternidad virginal de María, ya que para aceptar que Jesús ha nacido de una madre virgen por virtud directa del Espíritu, se requiere una revelación celestial, como en el caso de José.

El sentido del hecho. La concepción virginal en María es un *signo que revela* la divinidad de Cristo como Hijo de Dios (del Padre)

– “El que toma carne en el seno de María por la virtud del Espíritu, al margen de toda potencialidad masculina, es para Mateo el ‘Dios con nosotros’ (1,23; cf. 28,20), el que ‘salvará a su pueblo de sus pecados’ (1,21); para Lucas es el ‘Santo, hijo de Dios’ (1,35.39-44.56), ‘Señor’ (1,43); para Juan es el Verbo divino (Jn 1,1), ‘el Hijo del Padre’ (2Jn 3). Entre la concepción virginal de María y la divinidad de Cristo la relación es estrechísima”. La negación de la primera llevaría a la negación de la segunda, porque ¿cómo afirmar que Jesús es Hijo de Dios Padre si es también hijo de un hombre, sin caer en el adopcionismo? Para H. U. von Balthasar, “la virginidad de María está ligada al centro de la dogmática”.

5.2. - La virginidad en el parto: la maternidad virginal de María

El hecho. La Iglesia profesa como verdad de fe, aunque no está definida por concilio alguno, que María no perdió la virginidad al nacer Jesús. En los símbolos de fe se la proclama “la siempre Virgen María”.

Afirma el Vaticano II: el nacimiento de su Hijo primogénito, “lejos de menoscabar, consagró su integridad personal”.³⁸ “La profundización de la fe en la maternidad virginal ha llevado a la Iglesia a confesar la virginidad real y perpetua de María, incluso en el parto del Hijo de Dios hecho hombre. En efecto, el nacimiento de Cristo lejos de disminuir, consagró la integridad virginal de su madre”.³⁹

Según el parecer de la exégesis bíblica actual, no parece que el Nuevo Testamento afirme algo al respecto; sin embargo, la tradición de la Iglesia es casi unánime. Ya desde muy antiguo, a pesar de la herejía de los docetas y valentinianos, que afirmaban que el cuerpo de Cristo no era real, se creía en la virginidad de María en el parto. San Ignacio de Antioquía (+ 107), en su carta a los Efesios da este testimonio: “El príncipe de este mundo

³⁶ *Idem*. 127.

³⁷ Cf. A. SERRA, *Virgen II. Testimonio bíblico*. NDM 1984-2016

³⁸ CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogm. Lumen Gentium* 57.

³⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 499. Cfr. Prefacio de la Santa Virgen María I.

ignoró la virginidad de María y su parto, así como la muerte del Señor: tres misterios

13

resonantes que se realizaron en el silencio de Dios”.⁴⁰ Para Orígenes (c. 185-254) es herética la doctrina que niega la virginidad en el parto; afirma además la virginidad perpetua de María, la cual fue consagrada en el nacimiento de su Hijo.⁴¹ A partir del siglo IV, es unánime la fe de la Iglesia en la virginidad de María en el parto. El papa san León Magno, en la carta a Flaviano, escribe: “Así, pues, [el Hijo, coeterno con el Padre] fue concebido por el Espíritu Santo en el seno de una madre Virgen, que lo dio a luz sin perder su virginidad, como sin perder su virginidad lo había concebido...”.⁴²

Significado teológico. El parto de María pertenece a esas maravillas de Dios que la mente humana no llega a alcanzar; san Ireneo habla del misterio ‘insospechado’ del nacimiento. Afirma el Catecismo de la Iglesia “El sentido de este misterio no es accesible más que a la fe que lo ve en ese ‘nexo que reúne entre sí los misterios’, dentro del conjunto de los Misterios de Cristo, desde su Encarnación hasta su Pascua”.⁴³

Las realidades marianas deben considerarse no en abstracto o aisladamente, sino como parte de una síntesis, en su relación mutua. Para R. Laurentin, la integridad corporal de María, tal como la han explicitado los Padres, es un dato que pertenece al interior de la fe, siendo un signo de realidades superiores para María y para la Iglesia.

– Para **María**, en el modo del nacimiento de Jesús, hecho conocido por ella y para ella, Dios le manifiesta que sólo Él tiene la iniciativa absoluta en la Encarnación.

– Para la **Iglesia**: María, virgen y madre, es la figura y la más alta realización de la Iglesia, que se convierte en Madre por la palabra de Dios acogida en la fe.

5.3. - *Virginidad perpetua de María: la virginidad después del parto*

Sobre la virginidad de María después del nacimiento de Jesús⁴⁴, el Nuevo Testamento ni la afirma ni la niega; sólo habla de los “hermanos de Jesús”, y nunca son designados expresamente como “hijos de María”. No se les nombra durante la infancia de Jesús; sólo a partir del comienzo de la actividad pública se habla de los “hermanos” y “hermanas”. Estos “hermanos” y “hermanas”, que en el NT aparecen sus nombres, constituyen la objeción clásica contra la virginidad perpetua de María

Jn 2,12: “Después [de las bodas en Caná] Jesús bajó a Cafarnaúm, acompañado de su madre, sus hermanos y sus discípulos...”; Hch 1,14: “Todos [los discípulos] perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María la madre de Jesús y con los

⁴⁰ IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los efesios*, 19.1.

⁴¹ ORÍGENES, *In Lc Hom 14*.

⁴² DH 291.

⁴³ *Catecismo de la Iglesia Católica* n°498

⁴⁴ Cf. A. SERRA, “Virgen” en NDM 2011-1016: J. SCHMID, *Evangelio según san Mateo*, Barcelona,

hermanos de éste”; 1Cor 9,5: “¿No tenemos derecho -escribe Pablo- a que nos acompañe

14

una mujer hermana en la fe como los demás apóstoles, los hermanos del Señor y Cefas?” En estos textos aparecen junto a Jesús, cuya madre se nombra, sus hermanos, los discípulos y los apóstoles.

Lo mismo que los Doce, los Siete, los presbíteros de la Iglesia de Jerusalén, los llamados “hermanos del Señor” y “hermanas del Señor”, e. d, sus parientes , formaban un grupo aparte por razón del parentesco con Jesús, que les permitía gozar de una consideración especial⁴⁵ dentro de la primera comunidad cristiana. Algunos de ellos fueron dirigieron la primitiva comunidad de Jerusalén.

5.4. El significado teológico de la virginidad “post partum”

“La maternidad divina de María es la que nos pone indirectamente en el camino para intuir que la Virgen, después de Jesús, no tiene más hijos”.⁴⁶ Cuando se ha llegado a obtener la plenitud total en Dios, ¿dónde acudir para superar esta plenitud? ¿Qué otro rostro podía contemplar la Virgen que fuera más perfecto que el de su Hijo. Jesús es el Hijo de Dios y el hombre perfecto, y como tal es tenido por María.

En la fe, María es consciente de quién es su Hijo; ¿habría posibilidad de que otro hijo superase a Jesús? ¿Podría ella desear otro mejor? Ciertamente que no. “En virtud de la maternidad divina, ella quedó tan llena de Dios en el cuerpo y en el espíritu, que su existencia alcanzó la finalidad suprema. Jesús ‘colmó ‘ plenamente sus expectativas de criatura”. ¿Qué más podía desear María? Jesús, su “Hijo (su persona, su obra, el servicio a él ofrecido por la fe) lo era todo para María, como el Padre lo era para Jesús”.⁴⁷

“En el Verbo encarnado Dios está realmente en el hombre y el hombre en Dios”. La historia humana llega en Jesús a su plenitud según el plan de Dios; plenitud que, aunque peregrina en la fe, ya ha recibido de algún modo María. De esto podemos deducir que cuando una persona ha alcanzado esa plenitud, hace imposible la existencia de otros hijos según la carne.

IV. MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA

A la Virgen María se le nombra en la Regla siempre (salvo algunas excepciones) en su relación con Jesucristo Redentor. María es llamada: su Madre (R 1.5.41), gloriosa Madre (R 2), Madre de Dios (R 7.10), Madre bendita (R 8), Santísima Madre (R 12.18), dulcísima Madre (R 44).

⁴⁵cf. J. SCHMID, *El Evangelio según san Marcos*, 126; A. SERRA, *Virgen*, en NDM, 2016.

⁴⁶A. SERRA, *Virgen*, en NDM, 2015.

Dios es la fuente y el dador de toda gracia y de todo don. La existencia de María está

15

en relación con la glorificación de la Santísima Trinidad y al servicio de la salvación de los redimidos por la muerte de Jesús. Como afirma A. Serra, María es “ lugar de encuentro entre lo divino y lo humano, María no es el centro, pero es central en el cristianismo”.⁴⁸ El misterio de la maternidad divina de María ha constituido ya desde antiguo, punto de reflexión teológica y fundamento de la devoción mariana.

1. María, Madre de Jesús

Según la Sagrada Escritura, María es la madre de Jesús: aquel que nació en Belén, vivió en Palestina y murió crucificado. María hizo por la existencia humana de Jesús lo que cualquier madre hace por su hijo. El hecho de que Jesús no tuviera padre humano no hace de María menos madre: la diferencia esencial entre maternidad puramente humana y maternidad divina en la concepción de un hijo está simplemente en esto: que el Hijo de María es una persona divina -por obra del Espíritu Santo- mientras que el hijo de otra mujer es una persona humana, por obra de varón⁴⁹

2. “Santa María, Madre de Dios”

Era conveniente que “así como la mujer contribuyó a la muerte, también la mujer contribuyera a la vida. Lo cual se cumple de modo eminentísimo en la Madre de Jesús por haber dado al mundo la Vida misma que renueva todas las cosas y por haber sido adornada por Dios con los dones dignos de un oficio tan grande”.⁵⁰ La maternidad divina comporta, por tanto, unos dones tales que capacitan a María para llevar a cabo tan sublime misión según el plan de Dios.

Nada se puede pensar más excelente en una criatura humana que ser Madre de Dios. Es el don de los dones. En él está el origen de todas las gracias concedidas a María. Por la maternidad, María entra en una relación especial con el misterio trinitario de Dios: es la elegida como hija predilecta de Dios Padre, la Madre de Dios Hijo y el Sagrario (gloria) de Dios Espíritu Santo⁵¹ Sin embargo, aunque son dichosos el vientre que llevó a Jesús y los pechos que lo criaron (Lc 11,27), más dichosos son los que escuchan con fidelidad consciente la palabra de Dios y la cumplen (cf. Lc 11,28). En esto consiste de manera especial, la singularidad y grandeza de María.⁵²

⁴⁸ A. SERRA, *Madre de Dios*, NDT, 1179.

⁴⁹ Cf. G. VAN ACKEREN, *La divina maternidad de María*, en J. B. CAROL, *Mariología* (BAC 242)

574.

⁵⁰ CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogm. Lumen Gentium* 56.

⁵¹ IDEM, 53.

⁵² cf. D. SARTOR, *Madre de Dios*. III. Celebración litúrgica. NDT 1197.

La fe en la maternidad divina de María es como un elemento central que nos lleva a la

16

fe en el misterio del Dios Uno y Trino, creador y redentor. Así lo contemplaba san Francisco de Asís,⁵³ siendo para él el primero y más importante motivo para venerar a la Virgen María.⁵⁴ De la maternidad divina derivan todos los títulos marianos que la Escuela teológica franciscana, siguiendo a san Francisco, ha dedicado a María: Señora y Reina, Abogada y Madre espiritual del creyente, mediadora y compañera del Redentor.⁵⁵

La maternidad divina está en estrecha relación con el plan de salvación de Dios en Cristo, y es el mayor don concedido a María y la clave para entender todas sus gracias y dones.

El dogma de la maternidad divina afirma que la acción de engendrar de María tiene como término una persona, Jesús, que no sólo es hombre sino también Dios. No es madre de alguien que con el tiempo llegó a ser Dios, sino madre de un hijo que desde el momento de su concepción era ya Dios. No es una madre adoptiva, sino madre en un sentido propio.

Jesús, nacido de María, es el Hijo de Dios Padre. Gálatas 4,4-6, Dios Padre envía a su Hijo, que preexiste antes de tomar carne en María. Lc 1,35: le dice el ángel a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios”.

En el bautismo y en la transfiguración Jesús es llamado por el Padre, “mi Hijo amado” (Mc 1,11; 9,7 par.), en el sentido de exclusividad: sólo Jesús es el Hijo amado por sí mismo por Dios Padre; nosotros somos amados e hijos en razón de Jesús.

Juan 1,1-2.14: “Al principio ya existía la Palabra. La Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Ya al principio estaba junto a Dios”. “Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”. A él le corresponde “la gloria como “Unigénito del Padre”. En estos textos de Juan no aparece el nombre de Jesús; por el contexto de todo el Evangelio, se refiere a aquel que nació de María: el Verbo se ha hecho carne en María y ha recibido un nombre terreno, Jesús, el cual existía en Dios “al principio”, en la eternidad, antes de aparecer la creación y comenzar el tiempo.

San Pablo, escribiendo a los filipenses, dice que Jesús, por su obediencia y muerte en cruz, ha obtenido del Padre la glorificación y el derecho a que todos lo proclamen “Señor” (en el mismo sentido que el Antiguo Testamento lo refiere a Yahveh), para gloria de Dios Padre (Filp 2,6-8).

Por eso la Iglesia ha afirmado siempre como verdad de fe la maternidad divina de María: concilios de Nicea I (a. 325), Constantinopla I (a. 381) y Éfeso (a. 431), en donde se legitimó el título de “Madre de Dios” (theotókos) aplicado a María.

V. MARÍA EN SU ASUNCIÓN A LOS CIELOS

⁵³ cf. A. POMPEI, *Mariología*, en *Manual de Teología Franciscana* (Madrid, BAC) 256.

⁵⁴ Cf. LEHMANN, o.c., 13.

⁵⁵ cf. A. POMPEI en *L'Immacolata...*, Atti, 194; CONCILIO VATICANO II, *Const. Dogm. Lumen*

De los días en los cuales las monjas de la Concepción deben confesar y comulgar la Regla señala la Asunción de María a los cielos (R 34). La Asunción de María a los cielos es la coronación de su peregrinar en la fe (cf. LG 58), el desenlace final de su maternidad divina y de todas las excelencias que le había Dios concedido; en su Asunción, María ha alcanzado su plenitud.

La fiesta de la Asunción en tiempos de santa Beatriz era una de las principales en honor de la Virgen, juntamente con su Natividad, Anunciación y Purificación. En Roma la categoría de estas fiestas estaba resaltada por una procesión solemne nocturna, con gran afluencia de peregrinos y participación de las corporaciones romanas que recorría las calles de Roma para terminar en Santa María la Mayor. Esta procesión fue suprimida por el Papa Pío V en 1566, debido a varios abusos.⁵⁶

Como fiesta principal de María, su celebración era resaltada por la obligación de confesar y comulgar. En la Edad Media, de la cual eran en muchos aspectos deudores los tiempos de Santa Beatriz, solo se recibía la comunión en fiestas solemnes. En la Regla de Santa Clara de Asís se señala la Asunción de la Bienaventurada Virgen como una de las siete fiestas del año en las cuales las monjas podían comulgar⁵⁷. No es, pues, de extrañar, que la regla de Santa Beatriz también dispusiese lo mismo.

La Asunción de María a los cielos tiene una significación trinitaria. María, la hija predilecta es honrada por Dios Padre, quien a su vez, es honrado por María en su Hijo. La gloria que el Hijo tributa al Padre por su resurrección, le es comunicada a la Madre en su asunción, para que, a su vez, por el Hijo, suba la gloria de María al Padre. Jesús, el Redentor, honra a su Madre como el Padre honra a su Jesús, su Hijo. Jesús manifiesta su gloria como un día en Caná de Galilea, a ruegos de su madre, la manifestó ante sus discípulos. Ahora, María, es colmada del nuevo vino: ¡Ha llegado la hora! Esta es una de las “horas” de Jesús, en la cual manifiesta su gloria. El Espíritu Santo confirma eternamente a María en la plenitud de su gracia. La asunción de María es consecuencia de la resurrección de Jesús. La verdad dogmática de la asunción de María, su proclamación, solo es posible si Cristo ha resucitado. Sin la resurrección de Cristo no se hubiera dado la asunción de María. La asunción es signo positivo y cierto de nuestra resurrección.

VI. MARÍA, SEÑORA NUESTRA

El capítulo 11 de la Regla, nº 35, al hablar de los ayunos que las monjas deben observar durante el año, ofrece la posibilidad de también “los sábados, quienes voluntariamente quisieren ayunar en obsequio de nuestra Señora”. Tal nombre de *Señora* se le da también a María cuando habla de las fiestas en las que deben confesar y comulgar (R 34).

Fijándonos en el modo de presentar la libertad del ayuno de los sábados -“ en obsequio de nuestra Señora”-, se trata, al parecer, de expresar los sentimientos internos hacia

⁵⁶ cf. D. SARTOR, *Asunción IV*, NDM, 283.

⁵⁷ CF. REGLA DE SANTA CLARA, 3,14.

María de un modo cortés, amable, atento, través de un acto exterior de pleitesía y de honor.

18

Señor/señora “se aplica a las personas que tienen en su porte y comportamiento distinción natural que inspira respeto y estimación”⁵⁸, manteniendo siempre una actitud digna. El título de *señora* indica relación de persona a persona; va del yo al tú y exige una respuesta personal por parte de quien es elegida como *señora* y de parte de quien elige a una mujer como *señora*. “María, persona viva, pide a los cristianos una respuesta viva, una respuesta personal, una respuesta de mente y corazón”.⁵⁹

En la respuesta al ángel, María se presenta como “sierva-esclava del Señor” (Lc 1,38). Para Pablo, Jesús, el Hijo de Dios encarnado, es el siervo que se humilla hasta la muerte en cruz (Filp 2,6-11). Relacionando ambas actitudes, la de la Madre y la del Hijo, el resultado viene a ser este: María reconoce que Dios ha mirado la pequeñez de su sierva y ha realizado obras grandes en ella, porque el nombre de Dios es santo (Lc 1,49s); en Jesús, la obra del Padre consiste en presentar y proclamar a Jesucristo, que se ha manifestado como siervo por su obediencia, como Señor para gloria de Dios Padre. María, esclava del Señor, y Jesús, siervo del Padre, son los instrumentos elegidos por Dios para llevar a cabo el designio de salvación, siendo ambos fieles a su misión. El “señorío” de María está en estrecha relación con el de Cristo Jesús; aquél, el de María, depende absolutamente de éste, de tal manera que sin el de Cristo no se daría el de la Virgen Madre. A través de esta relación entre Hijo y Madre descubrimos cómo ella es el camino más seguro para llegar a Él e imitarle.

El sobrenombre de *señora* dado a María aparece frecuentemente en contextos de oración y advocaciones populares que en la reflexión patrística y teológica. Algunos ejemplos de aplicación de *señora* a María.⁶⁰ San Gregorio de Nisa, en una homilía sobre la Anunciación: “El ángel llega a donde María y entrando le dice: ¡Salve, llena de gracia! Inmediatamente ennoblece a la doncella y la trata de *señora*, porque se ha convertido en madre del Señor” (28/7). De una oración que los libros litúrgicos bizantinos atribuyen a san Basilio: “Interceda por nosotros la inmaculada *Señora* nuestra, madre de Dios” (33/10). Himno anónimo (siglo VI-VII) en el Oficio de las Horas de la Iglesia griega: “Madre de Dios, tú eres la verdadera vid que ha dado el fruto de la vida. Te suplicamos que intercedas, *Señora*, con los apóstoles y todos los santos para que Dios tenga piedad de nuestras almas” (47/27). Prudencio: “Ahora los pies de la *Señora* pisan a la serpiente que reptaba por el suelo; sin embargo, la Virgen que mereció dar a luz a Dios triunfa de todo mal” (Himnos de la jornada (68/48). El Pseudoatanasio, Homilía sobre la Anunciación: “Ruega por nosotros, *Señora*, reina y madre de Dios” (78); Del Oracional de la Iglesia visigoda: “Te rogamos, *Señora*, que nosotros, que no cesamos de celebrar tu concepción virginal, podamos unirnos con corazón puro a la solemnidad de tu Natividad” (95/71). En una plegaria anónima del siglo X que sirve de

⁵⁸ MOLINER, M. *Diccionario del uso del español, acepción 6*.

⁵⁹ *Letra colectiva del Episcopado holandés sobre la Señora*; cita en S. DE FIORES, “María”, *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, 1151.

⁶⁰ Textos recogidos de “*Alabanzas a Nuestra Señora de las Iglesias de Oriente y Occidente en el primer milenio*”. Edición preparada por C. BERSELLI Y G. GHARIB. (Narcea 1987; se cita pág. y nº).

preparación para la comunión, se reza: “*Señora*, acógeme con piedad, y dame tu misericordia,

19

consérvame sin mancha para recibir la perla preciosa y santificarme” (124/94). Y en una acción de gracias para después de la comunión, también del siglo X, se invoca a María como “Santísima Señora Madre de Dios” (126/95). En la antífona “Salve, Reina de los cielos” (“Ave, Regina caelorum”) (s. X-XII) se invoca a María como “Señora de los ángeles” (“Ave, Domina angelorum”). La traducción española y uso común de la *Salve Regina*, (siglo XI), la piedad popular ha añadido el título de “Señora” (“¡ea, pues, Señora, abogada nuestra!”), que en el original latino no aparece (“¡eia, ergo, advocata nostra!”).

San Francisco de Asís, en el saludo a la Virgen María, la invoca diciéndole: ¡“Salve, Señora, santa Reina, santa Madre de Dios, María!”.⁶¹ Es la única vez que da Francisco este título a la Virgen María.⁶² Según el testimonio de Tomás de Celano, “rodeaba de amor indecible a la Madre de Jesús, por haber hecho hermano nuestro al Señor de la majestad”.⁶³ Igualmente en el *Saludo a la Virtudes*, les da Francisco a la pobreza y a la caridad el título de “señora”.⁶⁴: conectando así “Francisco con la poesía juglaresca y los cantares de gesta medievales”.⁶⁵

San Buenaventura aplica frecuentemente el título de gloriosa a la Virgen María. Pero también encontramos en sus escritos marianos el título de *Señora*. En el Discurso II sobre la Purificación de la Bienaventurada Virgen María, la invoca con estas palabras: “porque eres Señora, ruega por nosotros, desprovistos de perfección, para que seamos perfeccionados”.⁶⁶

El título de Señora junto con el de Madre tal vez sean los que más exigencias despiertan en el cristiano que la invoca como tal Madre y tal Señora.

VII. ¡OH DULCE VIRGEN MARÍA!

En el nº 44 de la Regla se invita a las monjas a ser “verdaderas imitadoras de la humildad y mansedumbre de nuestro Redentor y de su *dulcísima* Madre, en el hablar, en el andar y en los ademanes”.

¿Cuándo se le puede aplicar a una persona el apelativo “dulce? Con la ayuda del

⁶¹ *SalVM 1*.

⁶² cf. I. RODRÍGUEZ, “*Los escritos de san Francisco de Asís. Comentario filológico*”. Murcia,

Publicaciones Instituto Teológico (2003) 174.

⁶³ *2Cel 198*.

⁶⁴ *SalVir 2-3*.

⁶⁵ I. RODRÍGUEZ, o.c. 188.

⁶⁶ BUENAVENTURA, *II Discurso sobre la Purificación de la B. Virgen María*, o.c. 532.

Diccionario de la Real Academia Española⁶⁷, se puede decir que una persona es dulce cuando

20

su presencia causa sensación de bienestar, es agradable, afable, complaciente y dócil.

La dulzura es relación de agrado y de bienestar. El libro de los Proverbios nos presenta a la Sabiduría gozando por estar con los hijos de los hombres (Prov. 8,31). El libro del profeta Isaías nos dice que “la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo” (Is 62,5). El salmo 132 (133) canta la dulzura de la vida en comunidad. En la *Salve, Regina*, el recuerdo de María es *dulce* para quien la invoca.

San Francisco se dirige a Dios, diciéndole “Tú eres toda nuestra dulzura”, algo impropio en su tiempo. En la época medieval se trataba de un título honorífico.⁶⁸ En la Carta a los fieles, dirigiéndose a los mismos, les dice: “¡Oh, cuán santo y cuán amado es tener un tal hermano y un tal hijo, agradable, humilde, pacífico, *dulce*, amable y sobre todas las cosas deseable: nuestro Señor Jesucristo, el que dio la vida por sus ovejas”⁶⁹ San Buenaventura, refiriéndose a la plenitud de gracia en María la llama Madre “dulcísima”.⁷⁰

Por la dulzura se manifiesta al exterior el ser interno de la persona, su riqueza espiritual interior. Dios manifiesta su vida de comunión trinitaria mediante la actitud de dulzura para con los hijos de los hombres, para con su pueblo, para con los pecadores. Quién sea Dios lo conocemos por su comportamiento para con su criatura. La relación de Dios con nosotros es de bondad y de dulzura. Dios, plenitud del amor, es “nuestra dulzura”, pues nada hay más dulce que el amor. No es de extrañar que si los pecadores y publicanos se acercaban a Jesús para escucharle era precisamente por su actitud comprensiva y llena de dulzura: “tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68).

Llamar a Dios “dulzura nuestra”, “nuestra ternura” es otro modo de expresar su bondad y su cariño: “como una madre os consuela, así os consolaré yo” (Is 66,13), dándole una cierta delicadeza, un tinte de esplendor y visibilidad.

“María nuestra dulzura”: en esta frase podemos ver compendiado todo lo que acerca de María hasta aquí hemos reflexionado. Neguémosle la dulzura y será María para nosotros como una madre tosca, áspera, poco atrayente.

María es la única mujer en la que Dios se ha complacido; le es dulce su presencia. Y Dios es para María su delicia, su dulzura. Y es que en la dulzura se manifiesta el ser y el misterio de la persona. No debe extrañar que la Regla recapitule el modo de ser de la monja concepcionista diciendo : “muéstrense verdaderas imitadoras de la humildad y mansedumbre de nuestro Redentor y de su dulcísima Madre, en el *hablar*, en el *andar* y en los *ademanes*” (Regla 44). Porque la dulzura de María es participación de la de Dios; es el signo visible del misterio de bondad de Dios Padre para con la humanidad.

CONCLUSIÓN

⁶⁷ DRAE, “dulce”. El DRAE no la define de este modo, aunque me ha sido de ayuda.

⁶⁸ Cf. I. RODRÍGUEZ, o.c., Comentario a las *Alabanzas al Dios Altísimo*, 6.

⁶⁹ SAN FRANCISCO DE ASÍS, 1CtaF 13 > 2CtaF 56

⁷⁰ BUENAVENTURA, *Sent.* I d 17

Los diversos nombres que la Regla de Santa Beatriz de Silva aplica a María teniendo como trasfondo la Inmaculada Concepción, bien pueden considerarse en su desarrollo como una síntesis o breve “tratado” sobre las excelencias de María. Nombres o títulos que están en armonía con la doctrina mariológica del concilio Vaticano II.

La maternidad divina fundamenta todos los títulos que se aplican a María, que, a su vez, son exigencias de esa misma maternidad. María realizó en su vida de forma extraordinaria la voluntad del Padre. Esa voluntad, que María aceptó al anunciárselo el ángel, fue el espejo donde ella se miraba continuamente para descubrir, reflejada en él, cómo su Hijo cumplía la voluntad del Padre.

Las virtudes de María, señaladas en la Regla, son como un camino para llegar a Jesús. “A Jesús por María”, reza el adagio. María ha sido elegida como modelo y ejemplo para el cristiano. La Regla de la Orden de la Inmaculada Concepción, -fundada por santa Beatriz de Silva y confirmada por el Papa Julio II mediante la bula “Ad Statum Prosperum” (17 de septiembre de 1511). propone como espejo donde mirarse y camino a seguir, que desemboca en Cristo Jesús, el rostro, la figura y la vida de María.

Pedro Ruiz Verdú
Franciscanos
Jesús de Perceval, 18
04003 Almería
E.mail:pruizverdu@hotmail.com